

misma; y lleno el corazón de feroz regocijo, se aprestaban á sellar la piedra de su sepulcro.

Así es cómo durante tres siglos la Iglesia fué atacada y combatida de nuevo por todas las potencias del mundo rebeldes contra ella; potencias que se habían hecho tanto más temibles cuanto se habían hecho más fuertes y vigorosas con la civilización cristiana, y que, por una astucia verdaderamente satánica, supieron oponer la Iglesia á la Iglesia misma, volviendo y armando los derechos que había dado á los hombres, contra los deberes que les había enseñado y prescrito.

CAPITULO XXXIV.

Estabilidad del reino de la Cruz en medio de las pruebas.

“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia; y las potencias del infierno no prevalecerán contra ella.” Jamás se había hecho una promesa tan extraordinaria, y jamás ninguna otra se había realizado de una manera más milagrosa. Desde el pretorio de Jerusalem hasta la prisión de Fontainebleau la Iglesia no había cesado de ser el objeto de los ataques de enemigos encarnizados que desplegaron contra ella todos los recursos de la fuerza, del genio, de la astucia y de las pasiones: pero semejante al astro brillante del día á quien no conmueven clamores salvajes, ella siguió gloriosamente su curso á través de los siglos, derramando torrentes de luz sobre los impíos que blasfemaban de su nombre y la cubrían de sarcasmos y de calumnias.

Cuando el espíritu pagano, por mucho tiempo antipático á los reyes y á los pueblos, los hubo sublevado y armado con-

tra la Iglesia, proclamando la independencia y la rebelión, sorprendida un momento por esta explosión terrible pareció vacilar sobre su base; pero muy pronto se afirmó en ella con más fuerza que nunca, y se encontró pronta á hacer frente á todos sus adversarios por más temibles que fuesen en número y en poder. No contenta con defenderse en su propio terreno, volvió á tomar la ofensiva por todas partes: una nueva vida pareció infundirse en sus miembros: ella invocó su espíritu regenerador y sintió renacer el ardor de su primera juventud. En tanto que la cátedra de San Pedro sufría un continuo asalto de sarcasmos, de blasfemias y de violencias, pontífices venerables por su virtud, su ciencia ó su valor como Paulo IV, Pio V, Gregorio XIII, Sixto V, Paulo V, Inocencio XI, Benedicto XIV, Pio VI y Pio VII venían á sentarse en ella sucesivamente, y á volverle el brillo de los antiguos días. A su voz, y bajo su dirección, los prelados y los doctores se reunieron en Trento; y el célebre concilio, con una sabiduría que no podía venir sino del cielo, definía la doctrina, consagraba la moral, y hacía florecer de nuevo la disciplina en toda la cristiandad que había permanecido fiel. El clero se fortalecía en la fé por medio de la oración y del estudio. Las antiguas órdenes religiosas, como los dominicos, los franciscanos y los benedictinos, se reformaban con el más grande ardor. Las congregaciones de mujeres rivalizaban con ellos en celo y austeridad. Nuevas órdenes, expresión de la necesidad de los tiempos, surgían en gran número, como los Fuldenses, los Barnabitas, los Teatinos, los Doctrinarios, los Lazaristas, los Sulpicianos, los Ligoristas, los Hermanos y hermanas de la caridad, Ursulinas, religiosas de la Visitación y otras más todavía que ofrecían á la santa causa el concurso de su múltiple consagración. A su cabeza una orden que su celo ha hecho el blanco de los iníquos y vergonzosos furros de la impiedad moderna, la orden de San Ignacio de Loyola, se adelantaba como un gigante, preparaba el combate, reanimaba y sostenía el valor de las falanges sagradas, se esponía á todos los

golpes del enemigo y alcanzaba sobre él numerosos y señalados triunfos.

Reforzada por esta milicia intrépida, la Iglesia se levantó mas poderosa y entró majestuosamente en uno de los mas bellos períodos de su historia. Para reparar los estragos de las últimas herejías, sus misioneros se lanzaban sobre todos los mares, abordaban á todas las costas y le conquistaban comarcas inmensas. La América, las Indias, la China y el Japon le daban innumerables hijos, dignos hermanos de los que habian sido el fruto de su primera fecundidad. Personajes eminentes se elevaban en su seno y la ilustraban por su piedad, su saber y su caridad. Los Francisco Javier, Felipe Neri, Carlos Borromeo, Francisco de Sales, Juan de Dios y Vicente de Paul, probaban al mundo, que la Iglesia habia conservado bastante vigor para producir en toda su belleza el fruto divino de la santidad que no puede germinar sino en sus entrañas. Los Baronis y los Bellarmin, los Bossuet y los Fenelon, los Bourdaloue y los Massillon, consagraban á su servicio y á su defensa los mas preciosos dones del talento y del genio. Por todas partes se elevaban á competencia establecimientos piadosos destinados á formar al clero, á instruir á los pueblos y á consolar la humanidad doliente. Una santa emulacion se habia apoderado de las almas escogidas; ellas combatian por obtener la perfeccion en las prácticas de las buenas obras. Al nombrar á San Vicente de Paul ¿no es recordar bastante todo lo que una religion dedicada á volver el bien por el mal, ha hecho para aliviar la miseria y el dolor en estos siglos de turbulencias, de defecciones y de violencias?

Ella no velaba menos en el desarrollo de las artes, de las ciencias y de las instituciones civilizadas. Roma era siempre la metrópoli de la cultura intelectual de Europa. Sus papas la hermoseaban con magníficos monumentos y colmaban de favores á los artistas y á los sabios. Así tambien bajo la influencia de las ideas cristianas, se vió nacer el siglo mas gran-

de que ha honrado á la humanidad. El siglo de Luis XIV, con su brillante cortejo de prelados eminentes, de grandes capitanes, de virtuosos magistrados, de sabios doctores, de admirables poetas, de hábiles artistas, de hombres ilustres en todos géneros, se adelantó como un majestuoso homenaje á la Iglesia católica.

Entretanto, la hora del príncipe de las tinieblas iba ya á sonar. Una vez todavía los pueblos prestaban oído á su palabra engañosa; aun á los elegidos alcanzaba su seduccion. En vano fué que los pastores del rebaño sagrado diesen el grito de alarma y le hiciesen resonar hasta el pié de los tronos; en vano los nuevos apologistas lucharon con todas sus fuerzas contra los Porfirios y los Celsos modernos; las oleadas de la impiedad crecian, se hinchaban con furiosos bramidos, y la barca de Pedro combatida por la tempestad parecia estar á punto de hundirse en un completo naufragio. ¡No temais hombres de poca fé! La Iglesia está en la prueba de la persecucion: que el verdugo levante su hacha; que los procónsules exhumen los suplicios de los tiempos de Neron y de Domiciano, atletas generosos sabrán afrontar con semblante sereno el combate sangriento y coronar sus frentes con la aureola del martirio. ¡Dios velaba sobre su obra! El pontífice soberano muere en el destierro, el Sacro Colegio se ve dispersado y el poder revolucionario se hace dueño de Roma y de Italia. “¡Victoria! ¡victoria!” clamaba el antiguo enemigo del género humano; pero hé aquí que á un mandato del cielo, ejércitos católicos, heréticos, cismáticos y aun infieles, acuden de todos los puntos del horizonte europeo, libertan la tierra sagrada y permiten á la Iglesia reunir á sus miembros y elegirse un gefe. La tempestad rugia aún; el gigante salido de sus senos escuda un instante con su poder al nuevo pontífice y muy poco despues osa, á su turno, poner sobre él sus manos sacrílegas: pero este nuevo atentado no quedó impune. Dios hirió al atrevido Prometeo y le clavó para siempre sobre su doloroso Cáucaso. Mientras, el vicario de Jesu-

cristo veía caer sus cadenas, y saliendo de su cautividad entraba de nuevo triunfante en la ciudad eterna.

Así la cruz quedó victoriosa despues de esta larga y peligrosa lucha. “¿Por qué, repetiremos nosotros con el Profeta, por qué los pueblos han temblado, por qué los príncipes han formado impotentes maquinaciones? Aquel que reina en los cielos, sabe burlar su malicia y reirse de sus proyectos insensatos.” Enorgullecidos con los progresos de una civilizacion que no era obra suya, ellos han reclamado toda la gloria, y rechazando con desden á la que los habia sacado del caos de la barbarie, han creído que en lo de adelante podian libertarse de su tutela. Ahí era donde Jesucristo los esperaba. Para castigarlos de su ingratitud se ha contentado, como despues de la desobediencia del paraíso terrestre, con abandonarlos á su propia imprudencia y entregarlos á su juicio depravado. En su locura se han persuadido que podian mofarse de la doctrina evangélica y que sus débiles manos llevarian fácilmente el cetro que le arrancaban á la cruz. ¡Profunda ceguera! ¡Error funesto! La doctrina evangélica está tan admirablemente equilibrada; los derechos y los deberes se contrapesan con tanta armonía, que es peligroso el no hacerlos marchar de frente. Sin embargo, los sectarios del espíritu pagano podian muy bien, en su nombre, hacer aceptar á los hombres los derechos que el Evangelio les reconocia, porque entonces se encontraban de acuerdo con lo que les halagaba; pero, ¿y los deberes? ¿y las virtudes, compañeras necesarias de esos derechos, con qué autoridad podian exigirles la práctica? Creyeron eludir la dificultad relajando el freno de las virtudes mas penosas á la naturaleza, para preconizar por otra parte las que le cuestan menos. Esta política logró propagarse; pero, por sus mismos sucesos, produjo las mas funestas consecuencias; porque si los deberes son correlativos al derecho, ellos se mantienen entre sí estrechamente unidos; y si un principio se hunde en la conciencia humana, todos los demas participan del mismo sacudimiento y perecen en la

misma ruina. Así los fautores y los cómplices de la revolucion contra la Iglesia, desbordados muy pronto, se espantaron de su propia obra y quisieron detenerse sobre el borde del abismo que habian abierto. ¡Inútiles esfuerzos! la pendiente era demasiado rápida. Ya en lo de adelante, la Europa, agitada por una influencia desordenada, no caminará á la perfeccion como un rio majestuoso que desciende con calma hácia el océano, viendo aumentarse gradualmente, la masa imponente de sus aguas, sino que se precipitará con ímpetu, tal como un torrente devastador, sin lecho ni márgenes, llevando por donde quiera el estrago, la desolacion y la muerte.

Si se considera, volvemos á decir por último, lo que ha pasado en esta parte del mundo, desde que el espíritu salido de Constantinopla domina en ella, se vendrá á conocer que la Iglesia ha quedado bien vengada de los ultrajes de sus enemigos, y que segun la palabra de la Escritura, los que han querido trastornar la piedra sobre que está asentada, se han herido y lastimado miserablemente las manos. En efecto, desde entonces no ha cesado de correr la sangre en medio de las turbulencias, de las guerras y de las mas terribles catástrofes. La guerra de treinta años, las guerras religiosas, las revoluciones de Inglaterra, de Francia, de Polonia, de España y de Portugal, las guerras civiles ó internacionales que les han seguido, han acumulado ruinas sobre ruinas, desastres sobre desastres, matanzas sobre matanzas. Las naciones han matado á los reyes, los reyes han matado á las naciones, los pueblos han matado á los pueblos; la anarquía y el despotismo llamándose entre sí, han reinado alternativamente. Y despues de todas estas tormentas los principios han permanecido inciertos y los espíritus estraviados; los tronos no pueden encontrar su equilibrio y las naciones se despiertan espantadas de la corrupcion que las devora.

En tanto que los náufragos contemplan con estupor los restos de su nave despedazada por la violencia de la tempestad

que ellos mismos han provocado, la Iglesia eleva con una dignidad celeste, encima de las olas apaciguadas, su cabeza coronada de gloria y adornada de una juventud inmortal! Todos los corazones vuelan hácia el santo Pontífice que hoy la representa tan noblemente, todos los labios bendicen al inmortal Pio IX; el mundo espera en él; y el moderno paganismo, temblando de furor, aplaza para algunos siglos la ruina de su indomable enemiga.¹

Este maravilloso fenómeno de la Iglesia, siempre en pié y siempre combatida, ha llenado de admiracion á los leales adeptos del protestantismo que, sobre la fé de sus maestros, habian podido creer que tocaba ya á su fin: así es que se les oye exclamar: "La Iglesia ha visto el principio de todos los gobiernos y de todas las instituciones eclesiásticas que hoy existen, y no nos atrevemos á decir que no está destinada á ver el fin. Ella era ya grande y respetada antes que los sajones hubiesen puesto el pié sobre el suelo de la Gran Bretaña, antes que los francos hubieran pasado el Rhin, cuando la elocuencia griega florecia en Antioquía, cuando los ídolos eran adorados en el templo de la Meca. Ella puede ser grande y respetada todavía; en ese caso, quizá algun viajero de la nueva Zelandia se detendrá un dia, en medio de una vasta soledad, apoyándose en un arco roto del puente de Lóndres para dibujar las ruinas de San Pablo."²

1 Los recientes acontecimientos que han tenido lugar en la capital del mundo cristiano, no nos harán cambiar nuestras palabras. La gloria del magnánimo Pio IX permanece intacta; la demagogia sola es la que está cubierta de ignominia y vergüenza. Por lo demas, nadie duda que la Iglesia no salga muy pronto triunfante de las nuevas pruebas que le ha preparado el espíritu del mal.—N. del A.

2 M. Macauley, *Revista de Edimburgo*, 1840.

CAPITULO XXXV.

Que sin la Cruz, los grandes principios de libertad, igualdad y fraternidad no pueden realizarse en la tierra.

Libertad, Igualdad, Fraternidad, Paz, Prosperidad, he aquí unas palabras que espresan bellas y nobles cosas; ¿pero se conoce acaso su verdadero sentido?... Los que para seducir á los pueblos las han hecho resonar muy alto, han probado desgraciadamente por sus interpretaciones y aplicaciones ulteriores que no conocian ni su valor ni su comprension. Se ha creído, por otra parte, con mucha generalidad, que bastaba proclamar esas fórmulas de los grandes principios del cristianismo para obtener su dichosa realizacion sobre la tierra; y que Jesucristo al revelarlos no ha adquirido otros títulos de gloria que los de un racionador que, el primero, descubre un nuevo sistema. Este ha sido un error fatal y una equivocacion funesta. Al proclamar á los hombres principios que les confieren derechos inmensos, pero que al mismo tiempo les imponen deberes análogos, ¿qué es lo que se ha hecho? Desencadenar sobre el mundo una plaga asoladora, si no se pueden hacer aceptar tales principios sino en la parte favorable á las pasiones, y que se tenga el beneficio del derecho sin reportar las cargas del deber. El mismo Jesucristo, no vacilamos en decirlo, si no hubiese colocado al lado de su revelacion los medios eficaces de ponerla en práctica, lejos de haber sido el bienhechor de la humanidad no habria sido sino el perturbador mas insensato del órden moral.

Comenzando por la libertad, esta noble prerogativa que